

RECUERDOS DEL AÑO 1909

Por Don Gual

Inf, dic 14/947

SÍMBOLOS DE AYER

El 1909 fué el año en que se restauró la República. Volvimos a tener Presidente cubano. Lo fué aquel jovial y populachero general Villareño que el protocolo llamara Mayor General José Miguel Gómez y el pueblo apodara "Tiburón". Su jipi criollo, su veguero y su caña de pescar era la "comida" de los caricaturistas de aquella época: Torriente, Vallas, Suárez, Diego Fernández, Alberto Román, Rafael Blanco y Massaguer. Y mezclaban la silueta del nuevo presidente con las del vice que era nada más y nada menos que el "Chino" Zayas, además de los Secretarios del flamante despacho: José Lorenzo Castellanos (presidencia), Ramón Mesa y Suárez Inclán (Instrucción Pública y Bellas Artes), Alberdi (Gobernación), Ortelio Foyo (Agricultura), Benito Lagueruela (Obras Públicas), Marcelino Díaz de Villegas (Hacienda), Justo García Vélez (Estado), L. O. Diviño (Justicia) y Matias Duque (Sanidad y Beneficencia). Entonces no existían, ni falta hacía, las Secretarías de Defensa, Comercio y Trabajo, estas últimas estaban unidas a Agricultura y Comunicaciones.

Y en la Cámara hacía juego de palabras el "enfant terrible" de los liberales, Orestes Ferrara, que salía de brazo de su "irreconciliable" enemigo José Antonio González Lanuza, a quien él amaba como a un hermano.

Otros símbolos que le daban material a los caricaturistas, además de las gafas de Mesa, la calva de Foyo, la nariz rubicunda de Castellanos, la chalina de Lagueruela, las barbas de García Vélez, la "Raspadura" de don Marcelino, El traje de el rayadillo de Chalons, y el "mangle rojo" de Duque, eran la caída de ojos del buen mozo de Julio de Cárdenas (el Alcalde Modelo), el "mamendi" de Emilio Núñez (Gobernador Provincial), la "perilla" de Asbert, los "Diamantes" de Doña Pilar Somohano, el chambergo de Héctor de Saavedra, la bocaza de Aspiazú, el tupé de Manuel Serafin Pichardo, la mirada inquieta de Raimundo Cabrera, el monóculo de Pedro González Blanco, Federiquito el General de la Cruz Roja, los bigotazos de Pasalodos, la prestancia náutica de Morales de Coello, la penca de guano de "Pancho" Hermida, los chalecos de Renté de Vales, los lentes negros del capitán LaRegueira, el sombrero de Guinea, la peluca del

Marqués de Esteban, los mostachos de López Leyva, la micromancia de Pote, Steinhart, San Miguel and Co., la "chocolatera" de Santa Coloma, los carnets de Berriatua, la cintura de la Iris, los contoneos de la bella Carmela, las "pulgas" de la "Chelito", los "pulos" de Parpetti, las conquistas del doctor Pereda, el uniforme de Pino Guerra, el cerquillo de Mario García Kohly, el paraguas de Juan Gualberto, el tabaco de Paquito Torroella y otros más que este anciano cronista no puede recordar.

LOS FESTEJOS INVERNALES

Ese año se apareció en la Habana, un señor barbudo de apellido vasco: Luciano Berriatua, y lanzó a los cuatro vientos que él iba a hacer turismo y en grande. Con el título de "Festejos Invernales" comenzó a "estructurar" un programa que trajera a Cuba, hasta los mismísimos lapones.

Y comenzó a convocar a nuestros artistas para un concurso de carteles anunciadores. Las obras de Menocal, Romañach, Rodríguez Morey, Miguel, Hevia, Mariano Miguel, Díaz Salinero, Jaime Valls, Jiménez y Massaguer, fueron colgadas en un salón de los bajos del entonces flamante Hotel Sevilla (muy distante del Biltmore, que vino luego).

El público habanero concurrió en pleno, pues se trataba de una novedad y un espectáculo gratis. Ante los lienzos, el público se dividió, unos suspiraban ante los violetas de Morey, otros ante el colorido alegre de Miguel, o la técnica de Menocal. Pero la crítica (unánime, como pocas veces) declaró que el único cartel era el de Massaguer, el jovencito que hacía monitos para "Cuba y América", "Letras", "El Figaro" y "El Hogar". Pedro González Blanco dijo: Verdadero cartel aquí no hay más que uno: el de Massaguer. Es acreedor al premio porque es el único que llena cabalmente las condiciones requeridas en un cartel. Después del de Massaguer —añadió—, se pueden discutir premios entre los de Valls, Miguel y Hevia.

Max Henríquez Ureña, desde las columnas de "La Lucha", Fernández Cabrera en el "Cuba", los críticos de otros diarios, hasta Regino E. Botti en "El Cubano Libre" de Santiago de Cuba, salieron a la palestra defendiendo el cartel massagueriano... Era un trabajo sencillo a tonos planos (cuatro tintas), y era sobre todo un cartel no cuadro, (más o menos logra-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

do), con letras adicionadas a última hora... El jurado deliberó y al joven artista le negaron el primer premio, y el segundo y el tercero; y para aplacar justas protestas de la prensa y del público culto se creó un par de accesits para darle uno a Massaguer y otro a un modesto artista: Díaz Salinero. Don Luciano Berriatua, disgustado por el poco éxito del concurso, y para "suavizar el ambiente" le encargó otro cartel a la víctima de aquel jurado tímido y poco enterado.

Los festejos invernales no pasaron de ser un sueño de verano. La prensa comenzó a atacar a Berriatua por querer imponer cierto "carnet deportivo", y al poco tiempo Don Luciano desapareció de Cuba, como años antes lo hiciera Matías Pérez en su globo o el profesor Nowack con sus "peonías".

UN BANQUETE MONSTRUO

El 15 de enero de ese año el Comercio y la Industria ofrecieron en el Teatro Tacón (ya impropia- mente llamado Nacional) un suntuoso banquete en honor del gobernador norteamericano Mr. Charles E. Magoon, los electos presidente José Miguel Gómez y vicepresidente Alfredo Zayas Alfonso y los candidatos derrotados del Partido Conservador, señores Mayor General Mario García Menocal Deop y doctor Rafael Montoro. El entonces famoso restaurant "El Louvre" (San Rafael y Consulado) sirvió la comida, generosa en exquisitas carnes y maravillosos vinos, y las bandas del Ejército ejecutaron escogidas piezas de su vasto repertorio, además de tocar los himnos de los Estados Unidos de América y el nuestro. La mesa presidencial en el escenario del teatro tenía 101 puestos. Es difícil recordar a todos, pero menciono además de los festejados a los doctores Lanuza, Eliseo Geberga, Eusebio Hernández, Pelayo García, Nicolás Alberdi, Ramón Mesa, M. Bango, Miguel F. Garrido, Diego Tamayo, J. L. Castellanos, Juan Gualberto Gómez, Justo García Vélez y Julio de Cárdenas. Los Marqueses de Santa Lucía (el glorioso don Salvador Cisneros Betancourt), de Pinar del Río y de Esteban, los banqueros William Merchant, E. S. Vaughan, Bances Conde, H. Upmann, Narciso y Joaquín Gelats, los hermanos Crusellas, Facundo García, Francisco Tamames, Frauctuoso González, Pepe Blanco Herrera, Santiago Barraqué, Narciso García Domenech, Sabas E.

Alvaré, Benito Lagueruela, Manuel Luciano Díaz, Dionisio Fernández Castro, Avelino Sanjenis, Rafael G. Maribona, Ramón López, Frank Steinhart, Marcelino Martínez, José Marimón Juliach, Casimiro Heres, Cosme Blanco Herrera, Enrique Runken y otros. El Obispo de la Habana, los representantes diplomáticos de Italia, Haití, Inglaterra, México, Noruega, Alemania, Bélgica, Uruguay, España, China y Santo Domingo. El Gobernador Provincial, Núñez Rodríguez, los directores de "El Triunfo", "Cuba", "Diario de la Marina" y la "Discusión". El Presidente del Centro Gallego, el del Tribunal Supremo, el Conde de Redding, el capitán Hough, U.S.A., los señores Dady y Morris. El presidente del Ateneo, el Jefe de la Policía Municipal, el Presidente del Ayuntamiento, los señores Washburn, Herman Olavarría, el Ayudante del Gob. Magoon, H. Caborde, Julián Betancourt, Orencio Nodarse, el representante de la Associated Press, el General Monteagudo, el Presidente del Consejo Provincial, Marcelino Díaz de Villegas, Ortelio Foyo, Provisor del Obispado, Gerardo Rodríguez de Armas, Francisco María Héctor, Presidente de la Cámara de Representantes, Jefe de los Ejércitos de Pacificación y Permanente...

EN EL ATENEO

El único centro cultural cubano que permanecía activo era el "Ateneo y Circulo de la Habana" en su elegante y amplio local de Neptuno y Prado. En vista del gran éxito de la Exposición de Arte Francés auspiciado por el inolvidable Ministro Le Clerc se organizó un segundo salón para 1909, con cuadros de Masnier, Rochegrosse y otros artistas galos.

El semanario "El Figaro" le dedicó mucho espacio a este gratísimo acontecimiento.

COMEDIA, OPERETA Y SICALIPSIS

En ese año comenzó la fiebre de las operetas vienesas, que llegó vía Esperanza Iris, de aquella graciosa María Esperanza Bofill, que conocí cuando hacía papelitos en compañías infantiles en su México nativo. La simpática "chamaca" estaba entonces casada con el caballero cardenense Miguel Gutiérrez, que era su "manager", además de excelente compañero. "La Viuda Alegre", "El Encanto de un Vals", "El Soldado de Cho-



colate", "El Conde de Luxemburgo", sustituían a "Marina" "Jugar con fuego" y "Las Campanas de Carrión". Los nombres de Franz Lehar, Leo Falls y Strauss, opacaban los gloriosos nombres de Chueca, Chapí y Valverde. Los vals de Viena, competían con el two-step del Norte y nuestro sabrosísimo danzón.

Anselmo López le editó un danzón a Romeu que titulaba "El Encanto de un Vals". Y el editor José Giralt, por no quedarse atrás, editó otro de idéntico nombre, con la firma de T. Ponce Reyes. Giralt también publicó un danzón que llamó su autor, Cándido Sainz, "La Viuda Alegre" con una caricatura de la Iris en la cubierta. Otros dos danzones de ese año fueron "La Odalisca" de Sainz y "El Premio Gordo" de A. Torroella (hijo).

Además de la opereta gozamos, ese año, de una inolvidable temporada de drama y comedia italiana en el ya viejo Payret. La primera actriz era la bellísima Lida Borelli, que se presentaba en la agradable compañía del actor Ruggiero Ruggieri, quien ya era "mayorcito".

Y además de 1909, tuvimos a Borrás y a la Aguglia (la pobre y genial Mimi, que ahora reaparece, aunque en una pésima pintoresca película yankee), a don Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero en Tacón, a Amalia Molina en el viejo Irijoa, la Sagrario no recuerdo en qué escenario...

Ese año 1909, fué testigo de una ola de "Sicalipsis", centralizándose en el Molino Rojo que era un teatrillo que "manichaban" Alfredo Hornedo y su tocayo Misa, en el viejo jardín de la "Colla de San Mus", donde hoy se levanta el Radio Cine.

La más sobresaliente de las Venus en que se exhibían en el "Sicalíptico" tablado era una cubanita, que había pasado su juventud en España y que se llamaba Consuelo Portela aunque su apodo "La Chelito" era su mayor credencial. Hubo otra, la "Bella Carmela", que era una arrogante española. Luego desfilaron otras: la Pastor, la Monterito, la Petite Rostov... Por fin, el Alcalde, doctor de Cárdenas, conjuntamente con el señor López Leiva, Secretario de Gobernación acabó con el arte tan... desabrigado. El teatro "Alhambra" seguía teniendo buen éxito, pero lo "pi-

cante" estaba en el libreto y no en la escasez de ropa de sus "vedettes".

LA VIDA SOCIAL

En esa época, fuera de los conatadísimos bailes del Casino Alemán, Ateneo, Sociedad el Vedado, Casino Español de la Habana y Vedado Tennis Club, la gente no tenía otro lugar para sus rendezvous que no fuera el "Miramar Garden" que era el patio del Hotel Miramar, de Malecón y Prado.

El Garden consistía en doble galería que rodeaba por tres lados el patio. En el cuarto lado en medio de una gran celosía, estaba la pantalla silente, por donde desfilaban la Menichelli, Max Linder, Gustavo Serena, Francis Ford, Grace Cunard y sobre todo la Bertini, quien tenía trastornado a todo joven de 15 a 18 años, aunque los más viejos no eran indiferentes a los encantos de la italiana. En el patio, como en la galería, se hallaban las mesas para comer o sólo refrescar. En esa era antes de Burbridge y después de doña Pilar, trabajaba el negocio un animoso trío de catalanes, Serra Botifoll y Capella. El primero parla hoy más "americano" que catalán pues es una especie de pine apple King en Chicago. Botifoll ya abuelo vive retirado en su residencia del Vedado, y Capella se fué para Oriente, donde se dedicó a vender neumáticos. El inolvidable Fontanills tenía allí su mesa fija y cuando no comía en el "París" o en el "Louvre", se dejaba caer por Miramar, seguro de poder saborear un buen menú. Fausto Campuzano era el social-manager y no usaba la gorra yatista que lleva ahora hasta en los entierros. Yo me reunía allí con un grupo de amigos casi todas las noches: Pepe Vila, Panchito Camps, Andrés Triay, Guillermito Martínez, Manolo Cores, Pepe Blanco Herrera, Sebastián Q. Gelabert, y un mexicano llamado Ramón Gual que por ser muy admirador de las cubanas perdió su "libertad" aquí. El Malecón seguía de moda y en las sillas de hierro del ya desaparecido parquecito de la Glorieta se inició la mayoría de los "chismecitos" de la década 1900 a 1910.

De noche hacíamos tertulia frente a la casa de Tirso Mesa, aledaño a Miramar, y desde nuestros asientos oíamos la banda las noches de retretas, y veíamos desfilar los coches de pareja con pepillas que ya hoy son abuelas. Recuerdo en el grupo a Juanito

4

Gelats, Ordoñez, Tirsito Mesa, Fernandito Scull, Lionel Smith, Vicente Bravo, Alfonso Martínez, Fabián Villalta Saavedra, Alberto Conill, Palacios, y otros que ya no puedo recordar.

Por las tres nos sentábamos en los portales de Miramar, esperando que se pusiera el sol, pues a Lora temprana, era heroico enfrentarse con Febo.

De esos días recuerdo al manager Riera (hoy en el "París") y a "Cáscaras" aquel buenazo, camarero de la vieja escuela, que nos aguantaba sonriente y filosófico todas nuestras majaderías de "futuros hombres".

LUCHAS JAPONESAS

El público siempre impresionable y dispuesto a entusiasmarse por cualquier cosa nueva, tomó con gran entusiasmo el espectáculo de las luchas de Jiu-Jitsu, y aceptó como ídolos el famoso Conde Koma, y a otro mono amarillo que respondía por Fokura.

El teatro Payret se llenaba todas las noches con la más heterogénea concurrencia: banqueros, senadores, artistas, periodistas, comerciantes, militares, industriales, médicos, abogados, ingenieros... No recuerdo si vi un cura. Alguien me aseguró que había un fanático de negra sotana y redonda coronilla.

EL DETROIT Y EL ALMENDARES

Ningún fanático de la pelota, podrá olvidar el año de 1909, cuando los titanes del Detroit vinieron a Cuba con la idea de "comer los mangos bajitos". It's a cinch, dijeron los michiganeses, pero se llevaron el gran chasco. El gran lanzador Mullin, fué relajado por el negrito Parpetti y otros colosos de nuestros clubs del patio. Comenzaron los yankees "dándonos duro", hasta que los cubanos le dijeron: Nuestra hospitalidad llega hasta aquí. Y Mullin y su colega Lelivelt empezaron a poner la misma cara que hoy pone Trespatines cuando dice: Yo me quiero ir para mi casa.

El 8 de noviembre el Almendares le corta el rabo al tigre del Detroit. Mr. Jackson, el reporter envía a su periódico un cable: Believe it or not, we were trimmed.

Yo no olvido esa tarde de "delirio", la tristeza de Mullin, la sonrisa de "Quijada Bíblica", dos casos de "catalepsia" al coger sendos "globitos", al bate de Bosch, y los apuros que pasé para llegar al palco de la prensa. Victor Muñoz, que era un tío con toda la

barba, escribía sus mejores crónicas en "El Mundo", y con patriótico entusiasmo lanzó, con Massaguer, el nuevo tipo de la plan de sports que se llamó Jaime Castelfullit y Nicoiau con su jipi, cadena de reloj, cha'eco blanco, bossegues, brillantón en la corbata y un acento de ¡Voto va Deus! Rafael Conte también hacía brillantes descripciones sin la ayuda de "mi hermano Pepe", que estaba entonces en New York, trabajando con Mr. Hearst.

Los nueve ceros que el tigre le regaló al Almendares y al Habana fueron vengados.

El 18 de noviembre los Alacranes, en 11 innings, derrotaron 2x1 a los tigres del Detroit. Mullin estaba metido en un zapato. Jackson cablegrafiaba al norte otra vez: Cubanos mocho malo. Manden ambulancia. El 21 de ese mes el glorioso Habana "mete en la paña" al gran Mullin, dándole una "retreta" de palos, que se oyó en Michigan. Jackson puso otro cable, pero no pudimos saber lo que decía.

El payaso de Beckendorf (¿lo recuerdan?) ya no reía ni sonreía. Victor Muñoz escribía: Ya los cubanos están haciendo uso de la meditación y del estudio.

Y lamento no tener ya espacio sino para recordar a Brown el de los tres dedos y al umpire O'Day, al neoyorquino Merkle, a Joss, a Padrón...

Y terminamos el año deportivo saboreando de antemano el juego internacional de football de la Universidad de Tulane y nuestro club Atlético. (Iro. de enero de 1910), en los terrenos de Almendares. Nuestros defensores eran J. A. Ortega, G. Pagés, Mario Castañeda, J. Booth, Octavio González, Carritos Montero, Panchito Díaz, Enrique Pujals, Miguel Gutiérrez, R. Prieto y Salvador Villoch.

PARA TERMINAR

Otros datos recuerdo de aquel año, como las conferencias que ofrecieron en el Ateneo, Bernardo G. Barros sobre el Japón y Max Henríquez sobre nuestro Heredia francés. El elegante actor Emilio Truiller también visitó la Habana en 1909 y nos dió un aristocrático "Juan José". El Maestro Joaquín Nin y Castellanos nos ofreció un concierto. El poeta español Cavestany llegó para pulsar la lira y el porta monedas de los paisanos de Muralla,

Inf, dic 14/09

